

Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, España, Editorial Taurus, tercera edición, 2002, 314 pp.

Por Isaac Enríquez Pérez

Las crecientes inconsistencias y efectos sociales negativos derivados de la instrumentación dogmática de las medidas del Consenso de Washington condujeron, en los últimos años, a diversos académicos ligados a las estructuras de estudio y decisión de los principales organismos internacionales, a la conformación de un movimiento intelectual revitalizador y renovador de las tesis *keynesianas*. ¿Cómo reactivar el papel del Estado en la construcción de mercados, en condiciones de transnacionalización del diseño y toma de decisiones en materia de políticas públicas? ¿Cómo reformar el perfil y las funciones del sistema de organismos internacionales para que respondan a sus promesas en las actuales circunstancias de globalización económica? Éstas han sido preguntas y preocupaciones constantes en dicha corriente de pensamiento que, paralelamente, se desenvuelve y coincide en el tiempo y en algunos de sus planteamientos, con las posiciones de una gran cantidad de movimientos antisistémicos que protestan por la falta de democratización en las decisiones de los organismos internacionales y por las relaciones asimétricas que privan en el ámbito internacional.

Joseph Stiglitz es el principal representante de este movimiento intelectual que podemos denominar *neokeynesianismo*. Con una posición progresista, el Premio Nobel de Economía 2001, en su texto *El malestar en la globalización*, recupera su experiencia y su valioso testimonio como asesor económico del gobierno de William Clinton y como vicepresidente del Banco Mundial, para relatar la dinámica de las decisiones tomadas al interior de los organismos económicos internacionales y de sus efectos adversos en las relaciones internacionales, en particular en los países subdesarrollados. Stiglitz parte del análisis de la manera en que la globalización ha sido gestionada y, aunque reconoce que este proceso puede constituirse en una fuerza benéfica cuyo potencial es el enriquecimiento de las sociedades, atinadamente señala que la supresión de las barreras al libre comercio y la mayor integración de las economías nacionales son selectivas y desiguales.

Para el autor, el desarrollo es un proceso que trasciende la vertiente económica al requerir una transformación de la sociedad. En ello es fundamental mantener el contrato social que vincula a los ciudadanos entre sí y con el Estado, además de contar con un sistema de mercado que precisa de derechos de propiedad transparentes y garantizados, así como de una competencia que es limitada y de una información que no es perfecta sino asimétrica. Puntualiza que las políticas

del Consenso de Washington no prestaron atención a cuestiones de distribución o "equidad", puesto que se consideraba que la mejor forma de ayudar a los pobres consistía en lograr el crecimiento de la economía; es decir, se creía en la economía de la filtración al imaginar que los beneficios del crecimiento se filtrarían y llegarían incluso a los más pobres. Dichas medidas privilegiaron una exacerbada liberalización comercial y del mercado financiero, y estuvieron acompañadas de altas tasas de interés carentes de marcos regulatorios adecuados, una privatización sin políticas de competencia y vigilancia, y una austeridad fiscal excesiva que terminó por generar desempleo y asfixiar el crecimiento económico.

El punto central del libro se relaciona con las concepciones sobre el papel del Estado en la gestión de la economía global, sosteniendo que los gobiernos necesitan adoptar políticas que contribuyan al crecimiento de los países y que a su vez procuren una distribución equitativa de ese crecimiento; esto es, reconoce que el Estado y el mercado son complementarios, pero que este último es el centro de la economía, mientras que el primero cumple importantes funciones que serán limitadas y acotadas al hacerlo más eficiente y sensible. El Estado tiene como función moldear la evolución de la economía mundial. Paralelamente a este planteamiento, y como se carece de un gobierno mundial que supervise el proceso de globalización y se responsabilice ante los pueblos, propone la reforma de los organismos económicos internacionales que tienen como finalidad orientar el desarrollo y manejar las crisis.

En el capítulo 1 Stiglitz señala que las promesas de las instituciones globales han sido rotas por decisiones que se han tomado en función de criterios ideológicos y políticos que hacen suponer, en el caso del Fondo Monetario Internacional (FMI), que es preciso basar las políticas en la creencia de que los mercados generan por sí mismos resultados eficientes; supuesto que se ha adoptado aun a costa de bloquear las intervenciones deseables de los gobiernos en los mercados para conducir el crecimiento económico y elevar el bienestar social. Stiglitz considera que la globalización no ha cumplido con sus promesas de desarrollo económico, y en los pocos casos en que ha generado crecimiento los beneficios no son para todos; es decir, no se ha conseguido reducir la pobreza con las políticas económicas instrumentadas, y tampoco garantizar la estabilidad. Por ejemplo, el FMI no ha cumplido con sus funciones de impedir nuevas depresiones globales, ni de asegurar la estabilidad económica mundial, hechos que el organismo sustenta al analizar la crisis del Este asiático agravada con la imposición de medidas contractivas como la reducción de los déficits y el aumento de los impuestos y los tipos de interés, los cuales no respondían a las condiciones de dicha región. El organismo financiero no cumplió con su misión de aportar dinero a los países que atraviesan por coyunturas desfavorables para permitirles lograr nuevamente condiciones de pleno empleo. Tampoco acertó en la misión de orientar la transición de los países socialistas hacia la economía de mercado.

En el fondo de estos señalamientos, al autor le preocupa la inestabilidad global que conduce a un déficit de gobernabilidad. El FMI privilegió incursionar en cuestiones estructurales (privatización, mercados de trabajo, reformas del

sistema de pensiones) y en áreas más amplias de las estrategias de desarrollo mediante la adopción de una postura prekeynesiana de austeridad fiscal ante una recesión. La orientación keynesiana del FMI, que enfatizaba los fallos del mercado y el papel del Estado en la creación de empleo, fue sustituida por la idolatría del libre mercado en el marco de las medidas del Consenso de Washington, lo cual constituyó una reconfiguración en las concepciones sobre el desarrollo y la estabilidad; sin embargo, esas medidas fueron instrumentadas de manera indiscriminada en contextos económicos diferentes a los de América Latina.

Stiglitz analiza la corriente de pensamiento que sustenta los planteamientos del FMI, y señala que está cargada de ideología. La llama "fundamentalismo de mercado" por suponer que los mercados funcionan perfectamente y que la demanda debe igualar a la oferta; y como no puede existir desempleo en estos modelos, el problema no radica en los mercados y sus imperfecciones, puesto que las distorsiones generalmente se atribuyen a la esfera política (sindicatos y gobiernos interventores en el mercado). Respecto a la creación de empleo, la prescripción del FMI consistía en eliminar la intervención pública a través de la remoción de regulaciones opresivas, la reducción de los impuestos, la contención de la inflación y la facilitación del ingreso de la inversión extranjera. Frente a ello, opone el argumento de que cuando la información es imperfecta y los mercados incompletos, la mano invisible funciona deficientemente, por lo que existen intervenciones estatales deseables que, en un principio, pueden mejorar la eficiencia y el dinamismo del mercado.

En el capítulo 2 también son relatadas las disputas que muchos países subdesarrollados libran con el FMI por la suspensión de sus programas, a pesar de los resultados macroeconómicos. De esta manera se experimenta una desproporción de poder que genera tensiones. Países como Etiopía se resistían a demandas como la liberalización indiscriminada de los mercados financiero y bancario, así como a la libre determinación de los tipos de interés por las fuerzas del mercado.

Más adelante, en el capítulo 4, al interpretar lo que ocurrió en el Este asiático en la segunda mitad de los noventas, Stiglitz parte del señalamiento de que la crisis económica de esa región se vio agravada con las recomendaciones del FMI. En esta región del mundo no se siguieron los dictados del Consenso de Washington ya que el Estado jugó un papel importante, el ahorro fue bien invertido, las exportaciones se promovieron prioritariamente, se liberalizó el mercado gradualmente, se instrumentaron políticas industriales, se diseñaron políticas de educación e inversión para cerrar las brechas de conocimiento y tecnología, se procuró la reducción de la pobreza y se limitó el crecimiento de la desigualdad; todo ello en el marco de la importancia de la macroestabilidad. En suma, en los países del Este asiático los Estados ayudaron a perfilar y a dirigir los mercados. Las dificultades se hicieron presentes con la presión ejercida sobre las empresas para endeudarse (Corea del Sur), con los ataques especulativos (Tailandia), pero sobre todo con la liberalización de la cuenta de capital que fue el factor más importante que condujo a la crisis. El desempleo aumentó de inmediato, el PIB se desplomó,

los bancos cerraron, las pequeñas y medianas empresas quebraron por el alza de los tipos de interés que estrangulaban la economía. Con todo esto, la deteriorada situación de un país contagió a los vecinos, precipitando una desaceleración económica regional con repercusiones globales que desplomaron el crecimiento de la economía mundial y los precios de las materias primas. En respuesta a estos procesos, el FMI recomendó políticas que subyacían a las causas de las crisis a pesar de que se conocía que no impulsaban el crecimiento y sí imponían graves riesgos a las economías en desarrollo.

Los verdaderos problemas en el Este asiático consistían en contar con instituciones financieras débiles y empresas apalancadas excesivamente, lo cual agudizó la fase recesiva que las políticas contractivas estaban induciendo mediante la reducción de la demanda agregada. Esta crisis se originó en el sistema financiero mediante errores como la rápida liberalización financiera y de los mercados de capitales, así como por la fallida reestructuración promovida por el FMI, la cual estuvo marcada por la falta de voluntad para aportar liquidez que financiase los gastos necesarios.

En el capítulo 5, Stiglitz analiza la caótica caída de la Unión Soviética tras el intento de transición desde el socialismo real hacia la economía de mercado. Entre los efectos negativos derivados de este proceso destaca la erosión de la clase media y del capital social, la fragilidad de la democracia, la profundización de la pobreza y la desigualdad, un tipo de cambio sobrevaluado que se sostenía con cuantiosos préstamos, la huida de los capitales al exterior, la recesión de la economía, creciente desempleo y endeudamiento del Estado. Todo ello provocado por el fomento de un capitalismo de amiguetes y de mafias, el remate de los activos públicos, la corrupción, la evasión y violación de las leyes, el intento de una transición sin entramados institucionales básicos en el marco de la estrategia económica de la "terapia de choque", que en un primer momento liberalizó instantáneamente los precios, desatando una espiral inflacionaria que liquidó los ahorros; en tanto que en un segundo momento se procuró la estabilización con la reducción de la inflación, lo cual implicaba una mayor rigidez de la política monetaria al subir los tipos de interés. Era simplemente un capitalismo artificial que no brindaba incentivos para la creación de riqueza y para el crecimiento económico, sino sólo para la liquidación de activos.

La ideología predominante en la comunidad financiera fue determinante en el rescate emprendido en 1998. Predominaron además los intereses de esa comunidad y el fomento de leyes comerciales injustas por parte de posiciones proteccionistas que castigaron la actividad exportadora de los países en transición y en desarrollo (capítulo 6).

Finalmente, Stiglitz afirma, en el capítulo 8, que el FMI ha fracasado en su misión de promover la estabilidad global, lo cual es resultado del modo en que la entiende y de la manera en que la ideología del libre mercado nubla el pensamiento para abordar los perjuicios de la economía global. La coherencia intelectual de este organismo respecto a la obra de Keynes se ha perdido por manejar objetivos que se encuentran en conflicto al pasar de servir a los intereses econó-

micos globales (misión original) a servir a los intereses de las finanzas globales, aplicando políticas en beneficio de los acreedores privados. En esto último radica la otra agenda del FMI.

Para Joseph Stiglitz el camino al futuro (capítulo 9) parte de reconocer que la globalización económica actual no funciona para amplias masas de marginados, para el medio ambiente y para la estabilidad de la economía mundial; y a fin de que dicho proceso logre frutos benéficos será preciso modificar los esquemas mentales para procurar que exista una preocupación por dichos temas. Al Estado le corresponde cumplir con las funciones de mitigar los fallos del mercado y de garantizar la justicia social.

El malestar en la globalización se genera por el predominio del fundamentalismo de mercado –como visión concreta de la economía– sobre otras concepciones; esto es, la oposición se gesta en torno a las pretensiones de los organismos económicos internacionales de sostener la creencia de que el conjunto de doctrinas plasmadas en el Consenso de Washington son las únicas correctas y posibles.

Para que la globalización funcione es preciso contar con instituciones públicas globales que apoyen el establecimiento de las reglas y que se fomente un cambio en la gobernanza, esto es, que se modifiquen los criterios de votación en los organismos económicos internacionales. La apertura a la ciudadanía, la mejora de la información manejada por ésta, su involucramiento en la formulación de las políticas públicas y la transparencia en estas organizaciones son también aspectos fundamentales para responder a las necesidades sociales. Las reformas, al ser instrumentadas, conducirán hacia una globalización con rostro más humano, que sea justa y eficaz, que eleve el nivel de vida de los pobres, y que tenga una visión más equilibrada sobre el papel del Estado, y sepa reconocer sus fallas y las del mercado.

La lectura de este texto resulta sugerente para el estudio de América Latina puesto que nos brinda las pautas para interpretar el modo en que son tomadas las decisiones de política económica en el seno de las burocracias internacionales. ¿Qué corrientes de pensamiento influyen en ello? ¿A qué intereses se responde con las acciones emprendidas? ¿Cuáles son los criterios para las recomendaciones de política económica? ¿En qué condiciones enfrentan esto los países subdesarrollados? ¿Qué nuevo papel debe desempeñar el Estado para contener los fallos del mercado? Éstas son interrogantes a las cuales se les puede buscar respuesta en este fascinante pero contrastante testimonio presentado por el Premio Nobel de Economía 2001.